

I. Enrique III se había distinguido por su valor antes de subir al trono de Polonia, y era lícito esperar que haría un gran rey. Pero cuando llegó al poder, sus cualidades se eclipsaron en el crimen y la disolución, y después de haber sido estimado y querido, acabó por hacerse odioso y despreciable. A su lado tenía á los Guisas, cuyo valor y talento podían hacer triunfar la causa católica, si el rey se hubiera mostrado enérgico defensor de ella. Lejos de eso, dejó que el duque de Alençon, su hermano, formara ante sus mismos ojos un partido político, y luego hizo á los reformados tan grandes concesiones, que, alarmados los católicos, se creyeron obligados á formar una liga para la defensa de su fe, que creían en peligro (1576). El temor, ya que no el corazón ni la inteligencia, le hacen ver que el puesto de la monarquía es al frente de aquella liga, porque el interés del trono y de la nación exige que el rey tome en manos la causa de la religión de San Luis. Pero apenas ha tomado esa resolución que parece deber conjurar todos los peligros, cuando su indecisión lo sume en nuevas dificultades. No sabe conservar la paz, ni hacer la guerra, y los ligeros comprenden que no pueden contar con él. El duque de Alençon, ya por entonces duque de Anjou, no se muestra más fiel que el soberano á las antiguas creencias. Al contrario, cuando cree que sus intereses políticos se lo aconsejan así, se pone de parte de los reformados, y termina tristemente su carrera á la edad de treinta años sin dejar nada digno de memoria (1584).

II. Enrique de Navarra era el heredero presunto del trono. El partido de los ligeros se hace aún más ardiente ante el peligro que corre Francia de tener un rey hereje. Enrique III deja correr las cosas, en vez de aspirar á dirigir las. El poder de los duques de Guisa le asusta, y no retrocede ante el asesinato para librarse de los que considera sus rivales (1588). Ese crimen lo aleja de los ligeros, y lo echa en brazos de los reformados. Su ejército se une con el de Enrique de Navarra, y se ve obligado á sitiar su propia capital. La sangre pide sangre, y el crimen provoca el crimen: Enrique III cae á su vez herido de una puñalada (1589). Nada más triste que esa terrible expiación. La última rama de los Valois se extingue de ese modo en medio de la guerra civil. Habiéndose separado esos príncipes de las antiguas tradiciones monárquicas, al negarse á defender abiertamente los intereses de la fe, todos mueren en la flor de la edad y no legan á sus descendientes más que un trono azotado por el huracán. Esa es la gran lección que la Providencia nos permite sacar del estudio de tan desdichados tiempo

CAPÍTULO XXXIII.

ENRIQUE IV Y SULLY. EDICTO DE NANTES. ADMINISTRACIÓN Y POLÍTICA (1).

Al morir Enrique III, Francia se encontraba en situación muy difícil. La reforma había dividido los espíritus, y la cuestión religiosa se hallaba complicada por todos los excesos de las pasiones políticas. Felizmente, la abjuración de Enrique IV puso término á esas dificultades cuya solución parecía imposible, y una vez que el país lo reconoció, librólo de extranjeros, expulsando de su seno á los españoles. Enrique, ayudado por Sully, cerró en poco tiempo las heridas hechas al Estado y difundió por todo su reino la prosperidad y la abundancia. La deuda pública fué cubierta gracias á sus reformas, la agricultura recibió impulso, la industria se desarrolló, inaugurándose nueva era para Francia. La política exterior de Enrique IV colocó al mismo tiempo á su nación á la cabeza de Europa. Eligiéronlo como mediador entre todas las potencias, y ya se disponía á realizar los vastos y elevados planes que había concebido, cuando la muerte llegó á sorprenderlo en los comienzos mismos de su empresa.

I. — Desde la muerte de Enrique III hasta la abjuración de Enrique IV. Fin de las guerras de religión (1589-1593).

Estado de Francia al morir Enrique III. Batalla de Arques (1589). — Francia estaba dividida entonces en dos campos perfectamente distintos, los hugonotes y los católicos. Su cuna daba al rey de Navarra derechos incontestables á la corona; pero el pueblo tenía demasiada fe para obedecer á un rey hugonote; Mayenne reanimó la Liga con varios manifiestos políticos, en los cuales repetía constantemente que lo salvación de la Iglesia católica en Francia dependía del mantenimiento de aquella poderosa asociación, y señalaba al cardenal de Borbón como el rey que el pueblo católico debía oponer al Bearnés. Durante ese tiempo, Enrique IV, abandonado por la mayor parte de sus tropas, se veía obligado á levantar el sitio de

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: *Cartas misivas de Enrique IV*, el *Diario de l'Estoile*, las *Economías reales de Sully* y las *Memorias de la época*, las *Historias de d'Aubigné*, de de Thou, de La Popelinière y de Péréfixe; Anquetil, *Espíritu de la Liga*; Capefigue, *De la Reforma y de la Liga*; Poirson, *Historia de Enrique IV*.

París, retirándose á Compiègne. El duque de Mayenne se lanzó en su persecución, anunciando con insopor- table jactancia que lo « traería atado de pies y ma- nos. » Alcanzólo en efecto cerca de Arques (21 de sep- tiembre) pero fué vencido, á pesar de tener fuerzas diez veces superiores á las de su rival.

Batalla de Ivry (1590). — Ese triunfo devolvió el



Enrique IV.

valor y la esperanza á Enrique IV que, después de haber mostrado sus armas victoriosas á las puertas de París, se retiró á Tours, donde estableció su parla- mento, y en cuyo punto recibió al embajador de Venecia, que se presentaba á reconocerlo como rey. Esa era la primera nación católica que le tributaba tal homenaje, que acogió con grandeza, esforzándose en justificarlo con nuevos hechos de armas. Pero no por eso parecía menos terrible la Liga. Mayenne había

hecho proclamar rey al cardenal de Borbón, con el nombre de Carlos X, y se había reservado la lugarte- nencia general del reino. Después de ese golpe de Estado, volvió á entrar en campaña con la esperanza de reparar el descalabro que sufriera el año prece- dente en la batalla de Arques. Su encuentro con el Bearnés se efectuó esta vez en las llanuras de Ivry (14 de marzo). Antes del combate, Enrique IV dijo á sus soldados : « Compañeros, si perdéis vuestras cornetas, insignias ó pendones, seguid á mi penacho blanco, pues siempre lo hallaréis en el camino del honor y de la gloria ; Dios nos proteja ! » Los ligueros fueron vencidos, dejando más de cuatro mil hombres en el campo de batalla.

Sitio de París (1590). — Esa victoria aumentó mucho el ejército de Enrique IV, quien se presentó entonces á bloquear á París (8 de mayo). Cuando se le vió dueño de todas las comunicaciones, cada ciuda- dano se convirtió en soldado ; los Diez y seis mostraron de nuevo sus furros entusiastas, los monjes vis- tieron la coraza ; en una palabra, todo el pueblo juró que moriría antes que obedecer á un rey hereje. La fe despertaba en todas partes el valor, y si bien es justo condenar los excesos en que la ambición de los facciosos precipitó con frecuencia á esas generosas poblaciones, no es posible negar á la elevación de sus ideas y sentimientos el homenaje que merecen. El mismo Enrique IV se conmovió ante el espectáculo que presentaba el pueblo heroico sacrificando su vida por la religión. En ocasiones dejó entrar víveres en París, diciendo : « No quiero reinar sobre cadáveres » Y tam- bién : « Me parezco á la verdadera madre del cuento de Salomón ; preferiría no llegar á poseer París antes que lograrlo hecho pedazos. » La miseria era espanta- tosa ; las calles se llenaban de cadáveres que ni siquiera eran enterrados ; perros, caballos, gatos, y aun los animales inmundos servían para la alimentación ; la hierba que crecía en las paredes era arrancada para comerla y hasta se trató de hacer pan con huesos machacados que fueron recogidos en el cementerio de los Santos Inocentes (16 de agosto).

Refiérese que una mujer se comió á su propio hijo.

Esas escenas horribles eran conocidas, y sin embargo nadie pensaba en rendirse. Al fin Alejandro Farnesio apareció, y puso término á tantos males obligando á Enrique IV á levantar el sitio (18 de septiembre).

Abjuración de Enrique IV (1593). — Esa intervención de las tropas españolas anunciaba que la Liga había dejado de ser, á lo menos en parte, patriótica y santa, según desde el principio se declarara. El rey de España Felipe II quería aprovechar las desgracias de Francia para apoderarse de la corona. Ese príncipe se había constituido en toda Europa en defensor intrépido de la causa católica, y con tal título mereció la confianza del sumo Pontífice. Entre los ligueros, los Diez y seis se habían declarado abiertamente en su favor. La muerte del cardenal de Borbón, que ocurrió por entonces, aumentó sus esperanzas, y despertó al mismo tiempo los apetitos de varios ambiciosos. El duque de Guisa y el de Mayenne eran opuestos á los partidarios del rey de España, porque pensaban ante todo en los intereses de su familia. El duque de Saboya recordaba que su madre había sido una infanta de Francia, y se creía con derecho para intrigar. El de Nemours solicitaba para sí la mano de la infanta de España y prometía á Felipe su apoyo bajo esa condición. Por fin, en todas partes surgían ambiciones personales, y la idea religiosa era invocada solamente como pretexto por esas rivalidades mezquinas.

Entonces los católicos moderados celebraron en Suresnes una conferencia con Enrique IV (29 de abril 1593). Después de haber discutido con prelados y doctores los puntos principales en que los protestantes se hallaban en desacuerdo con los católicos, el rey se declaró satisfecho y consintió en la abjuración de todos los errores que había profesado hasta entonces.

El 23 de julio siguiente aceptó la fórmula de fe que le presentaron los obispos, y se anunció para el 25 la ceremonia de su abjuración. Todo París se puso en movimiento, y á pesar de las amenazas de los ligueros, el pueblo en masa se encaminó hacia la iglesia del pueblo de Saint-Denis, donde debía operarse la mencionada solemnidad. El acto se realizó con pompa inusitada. « El rey, vestido con un justillo y calzas de

raso blanco, y un ferreruelo y sombrero negro, acompañado por multitud de príncipes, grandes señores, dignatarios de la corona y otros muchos gentiles hombres, precedido por los suizos de la guardia y los guardias de corps escoceses y franceses y por doce trompetas, fué á la iglesia de Saint-Denis, cuyas paredes estaban tapizadas y cubiertas de flores, en medio de los gritos mil veces repetidos de *¡viva el rey!*

» Cuando Enrique llegó al pórtico de la iglesia, el arzobispo de Bourges le preguntó: ¿Quién sois? — Soy el rey. — ¿Qué deseáis? — Deseo ser recibido en el seno de la Iglesia católica, apostólica y romana. — ¿Lo deseáis sinceramente? — Sí, lo quiero y lo deseo. » Arrodillóse entonces, leyó la profesión de fe redactada por los obispos, anatematizó todas las herejías contrarias, y adelantándose hasta el pie del altar, juró sobre los Evangelios vivir y morir fiel á la Iglesia católica, y protegerla y defenderla á costa de su sangre y de su vida.

Ante tal espectáculo, los concurrentes prorrumpieron en llanto. El entusiasmo realista se despertó en las almas; la fe había triunfado; la antigua monarquía se alzaba con todos sus derechos, y la Liga carecía en adelante de objeto.

II. — *Desde la abjuración de Enrique IV hasta su muerte. Sully. Administración de Enrique IV. Sus proyectos (1593-1610).*

Entrada de Enrique IV en París (1594). — Los ligueros se esforzaron por de pronto en hacer dudar de la sinceridad del acto que acabamos de relatar, y hubo un momento de general desconfianza. Mayenne vacilaba, sin saber qué partido tomar, y continuaba sus negociaciones con Felipe II; pero el pueblo veía con disgusto esas intrigas con el extranjero. Habiéndose hecho coronar en Chartres Enrique IV (22 de febrero), esa nueva manifestación de fidelidad al catolicismo, acabó por disipar la incertidumbre. Así fué que cada día ocurrían defecciones que alarmaban á la Liga y alegraban al rey. Pronto fué considerable en el seno mismo de París el número de partidarios de Enrique, y

Brissac le abrió las puertas de la capital el 22 de marzo de 1594. Admirado por la clemencia del Bearnés, el pueblo lo recibió con increíbles transportes. Al oírle gritar : « ¡ Viva el rey ! ¡ viva la paz ! ¡ viva la libertad ! » Enrique IV decía : « Ahora veo que este pobre pueblo ha sido tiranizado. » Y como sus guardias quisieran abrirle paso por entre la multitud que estorbaba su marcha, el príncipe exclamó : « Dejados mirarme cuanto quieran, pues tienen hambre y sed de ver un rey. » Al día siguiente se publicó una amnistía general, dándose á los españoles la orden de salir de París. Viéndolos desfilar, desde lo alto de la puerta de Saint-Denis, Enrique IV les gritaba alegremente : « Recomendadme á vuestro señor, pero no volváis á París. » Francia iba al fin á ser dueña de sus propios destinos.

Enrique otorgó á todas las ciudades del reino los mismos beneficios y libertades que á París, y las poblaciones fueron reconociéndolo sucesivamente. En Roma, donde al principio se había vacilado, por no saber cómo interpretar la inesperada conversión del rey, Clemente VIII acabó por declararse en su favor, enviando á Enrique una fórmula de fe y exponiendo las condiciones que el rey de Francia debía aceptar para ser admitido en la Iglesia romana. Enrique IV consintió en todo, y entonces el cañón del castillo de Sant Angelo y las campanas de todas las iglesias de Roma anunciaron al universo la alegría que esa noticia causaba al mundo católico.

Ruina de la Liga (1593-1598). — « De allí en adelante, dice un cronista, Mayenne no pudo volar más que con un ala, lo mismo que la Liga, la cual se parecía en realidad á una corneja desplumada. » Enrique IV venció todas las resistencias que aun quedaban, ya negociando, ya combatiendo. Normandía, Champaña y Borgoña se sometieron. El mismo Mayenna declaró que, no habiendo tomado las armas más que para defender al catolicismo, las deponía, toda vez que la Iglesia absolvía al rey. Ese manifiesto puso fin á la Liga (1596). Ya no quedaban por satisfacer más que las ambiciones particulares que agitaban las provincias. Compróse la fidelidad de todas las ciudades, y la rebelión fué sofocada en Bretaña, su último baluarte.

Durante ese tiempo, el pueblo sufría grandes males. El hambre desolaba al reino, y la corte se entretenía en fiestas y regocijos. El rey se entregaba á los placeres, y hasta se atrevió á dar pompa y magnificencia á sus escándalos. Ya la nación empezaba á quejarse, y se lanzaban sátiras mordaces con el que fuera acogido con tal entusiasmo. Cometiéronse varios atentados contra su vida, y esos horribles complots no lo arrancaron á sus culpables excesos. Mas de pronto le anunciaron que los españoles se habían hecho dueños de Amiens por sorpresa, invadiendo la Picardía. Al saber esa noticia exclamó : « Basta de hacer de rey de Francia ; ya es tiempo de hacer de rey de Navarra, » y se preparó á entrar en campaña.

Paz de Vervins. Fin de la preponderancia de España (1598). — Los triunfos de Enrique IV fueron rápidos. Venció en efecto á los españoles en Fontaine-Francaise, en Borgoña (5 de junio de 1595), recuperó la ciudad de Amiens (1597) y sometió toda la Picardía. Después de esos brillantes hechos, dieron principio las negociaciones en favor de la paz y al fin se firmó ésta en Vervins (2 de mayo de 1598). Francia recuperó las posesiones que le habían sido arrancadas por la paz de Cateau-Cambresis antes de las guerras civiles. Calais, Ardres, Doullens, la Capelle y otras muchas plazas ocupadas por los españoles, fueron restituidas á Enrique IV. Por su parte, Felipe II recobró el condado de Charolais, y estipuló la integridad de sus derechos sobre la Borgoña y la Bretaña, aunque concediendo al rey de Francia el mismo privilegio respecto de Navarra. Ese pacto anulaba todas las pretensiones de la casa de Austria á la dominación universal y constituía á la vez el principio de su decadencia. En París hubo con tal motivo gran regocijo, y se dieron espléndidos festejos en que Enrique IV hizo ostentación de pompa y amabilidad.

Edicto de Nantes (1598). — Un mes antes de esos acontecimientos, Enrique IV calmó y satisfizo á su vez á los protestantes, con la promulgación del *edicto de Nantes* (abril de 1598), por el cual les concedía no sólo la libertad de su culto y el derecho de admisión á todos los empleos civiles y militares, sino también la facultad de celebrar asambleas generales, imponerse

contribuciones destinadas al sostenimiento de su culto y de conservar plazas de garantía. Eso era crear un Estado en el Estado y dejar subsistir frente al trono una especie de república. Nadie comprendió claramente el peligro que envolvían esas inmensas concesiones; pero si se lamentó la pérdida de la unidad religiosa que hasta entonces había sido uno de los fundamentos de la sociedad. Habiendo reclamado el parlamento, negándose á visar el edicto, Enrique IV se presentó ante aquella asamblea, para exponer en persona los motivos de su conducta. Su discurso fué sencillo pero conmovedor. Habló de las desdichas de la guerra civil, insistió en la necesidad de la unión entre católicos y hugonotes, y terminó con estas palabras: « Os ruego que no se hable más de este asunto, y que sea hoy la última vez. Hacedlo así; os lo ordeno y ruego al mismo tiempo. » El parlamento obedeció, y entonces parecieron quedar terminadas las luchas intestinas que por cuarenta años desolaron á Francia.

Sully. Administración de Enrique IV. — Sin embargo, Enrique IV tuvo que sostener una nueva lucha con la Saboya; pero ese país no se hallaba en estado de resistir á Francia. El papa y el rey de España intervinieron, y la paz quedó hecha, mediante la cesión por parte de Saboya de la Bresse, del Bugey, del Valromey y del país de Gex, lo que extendió por ese lado las fronteras francesas hasta el límite natural del Ródano y de los Alpes (1600).

Durante las negociaciones que produjeron ese tratado, Enrique cuarto se casó en segundas nupcias con María de Médicis, hija de Francisco, antiguo gran duque de Toscana, y sobrina de Fernando, que entonces se hallaba al frente de dicho Estado. Las bodas se celebraron con gran pompa, primero en Florencia y después en Lyon (9 de diciembre de 1600).

Francia disfrutó entonces de tranquilidad perfecta, y la prudente administración del rey, ilustrada por los consejos de Sully, no tardó en restañar la sangre que manaban las heridas de la nación. Cuando ese hábil ministro fué encargado de la administración de la hacienda, halló el patrimonio real invadido, el tesoro dilapidado, el Estado gravado por enorme deuda, y los

recursos casi agotados por los desórdenes de las administraciones precedentes. Para remediar tan grandes males, Sully no necesitó recurrir á medios extraordinarios; limitóse á moderar los gastos y á reducir los sueldes. Exigió ante todo completa regularidad en las cuentas, y á ejemplo de Santiago Cœur, estableció el equilibrio entre los gastos y los ingresos introduciendo



Sully.

en todas partes severa economía, vigilando el cobro de las rentas públicas y activándolo con medidas enérgicas, suprimiendo multitud de empleos inútiles y subiendo el tipo de los contratos hecho á precio demasiado inferior al justo. A fuerza de cuidados y perseverancia, logró disminuir la carga del impuesto personal en cuatro millones, y sin embargo puso al rey en situación de pagar por cien millones de deudas, de rescatar por sesenta millones de rentas ó de bienes, de fortificar las

fronteras, acumular en los almacenes pertrechos de guerra, armas y municiones, de construir varios palacios magníficos, de adornarlos con pinturas y muebles preciosos, y de tener siempre á su disposición veinte millones en las arcas del Estado.

Ese sabio ministro consideraba a agricultura como el principal recurso del país, y siempre exclamaba: « Labranza y pastoreo son los dos pechos que alimentan á la Francia y las verdaderas minas y tesoros del Perú. » Así fué que recurrió á todos los medios para proteger y alentar á los que se consagraban á las ocupaciones campestres. Por dos veces recorrió el reino, en 1596 y 1598, para ver por sí mismo los esfuerzos que se realizaban en la mejora de los cultivos. Renovó las antiguas ordenanzas que declaraban no embargables á los labradores así como á los instrumentos de cultivo, por deudas á particulares ó al Estado. Disminuyó el impuesto territorial y permitió en 1601 la exportación de granos, para estimular más y más la producción. Excitó á los señores á ocuparse en la agricultura, y á buscar de ese modo en las ocupaciones de los campos distracción á las fatigas y peligros de la guerra.

Sully hizo ejecutar al mismo tiempo inmensas obras públicas. Para facilitar el comercio, había proyectado unir por medio de canales el Sena y el Loira, el Loira al Saona, y el Saona al Mosa, pero sólo hizo ejecutar el canal que parte del Loira en Briare para desembocar en el Sena en Moret, á cuatro kilómetros de Fontainebleau. Entonces fué terminado y abierto á la circulación el Puente Nuevo de París, que se empezó bajo Enrique III. Al mismo tiempo, Sully mandó continuar la galería del Louvre que se extiende á lo largo del Sena entre el puente del Carrousel y el de las Artes, é hizo concluir en 1601 la fachada del Hôtel de Ville, cuyos cimientos se establecieron en los días de Francisco I. El año anterior se había empezado la place Royale, donde debía reunirse toda la sociedad elegante del siglo xvii. También cuidó de las residencias reales: Saint-Germain, Monceaux, Fontainebleau fueron aumentados, y se puso la primera piedra de la Biblioteca. « Cuando Felipe III envió á París á D. Pedro de Toledo,

como embajador junto á Enrique IV, aquél no reconoció ya la ciudad que en otro tiempo viera triste y moribunda. « *Es que entonces, le contestó el rey, el padre de familia no estaba presente, mientras que ahora cuida de sus hijos, y éstos prosperan.* »

Sully favorecía la agricultura, pero temía la industria, porque detestaba el lujo. Si Enrique IV hubiera seguido el parecer de su austero ministro, habría estorbado el desarrollo de las manufacturas, bajo el pretexto de que sólo servían para alimentar la corrupción. Pero el monarca poseía inteligencia demasiado alta para dejarse dirigir por consideraciones inspiradas más bien en el abuso de la cosa que en la cosa misma. Siguiendo, pues, los consejos de Oliverio de Serres, plantó moreras blancas hasta en el jardín de las Tullerías é hizo organizar establecimientos para la educación de los gusanos de seda. Á la vez fundó manufacturas de crespón fino de Bolonia en Mantes, de hilo de oro, al estilo de Milán, de tapices en los Gobelinos y en la Savonnerie, y de vidrios y cristales. De ese modo arrebató Francia á Italia el monopolio de aquellos ricos tejidos, que cada año hacían salir del primero de esos países muchos millones.

Proyectos de Enrique IV. — Á la vez que trabajaba en la prosperidad interior de su reino, el rey elevaba á Francia, gracias á su política exterior, á la altura de las primeras naciones europeas. Venecia y la Santa Sede lo eligieron como mediador; y el mismo oficio desempeñó entre Francia y las Provincias Unidas. En este último asunto se presentaban grandes dificultades. Los dos hombres que se hallaban al frente de los Estados, Mauricio de Orange y Barneweld, eran de distinto parecer. El primero, que se hallaba al frente del ejército, quería la guerra; el segundo, jefe del parlamento, deseaba la paz. La habilidad diplomática del presidente Jeannin logró, después de prolongadas negociaciones, á poner de acuerdo á todo el mundo, concluyéndose entonces un tratado por el cual España reconocía la soberanía de los *Estados generales de las Provincias Unidas de los Países Bajos*, declaraba libre su comercio, y se comprometía á pagar á los herederos del príncipe de Orange trescientos mil florines (1609).

Enrique IV concibió por entonces el proyecto de establecer una paz perpetua en toda Europa, mediante la organización de un tribunal supremo que tuviese el derecho de juzgar las diferencias de los reyes y de los pueblos. Los Estados cristianos debían constituir en ese plan una vasta república federativa compuesta de quince miembros, á saber: el Estado de la Iglesia, y el del Imperio, que volvería á ser electivo, debían representar al frente de Europa el más alto poder religioso y civil; además, cinco reinos hereditarios: Francia, España, Gran Bretaña, Dinamarca y Suecia; tres reinos electivos: Bohemia, Hungría y Polonia; un ducado: el de Saboya, aumentado con la Lombardia; cuatro repúblicas, la de Venecia con la Sicilia, la de Italia; la de Suiza con Alsacia, el Tirol y el Franco Condado y la de los Países Bajos. Con objeto de realizar ese plan debían reunirse las fuerzas y fondos necesarios para expulsar de Europa á los turcos y los rusos, que en esa época no eran contados entre los pueblos europeos.

Para ejecutar ese plan, que prueba las rectas intenciones de Enrique IV y la bondad de su corazón, necesitaba éste disfrutar dentro de su reino indiscutible autoridad, y además atacar en lo exterior á la casa de Austria. El primero de esos resultados lo obtuvo, gracias á la severidad con que castigó á los señores que trataron de sustraerse á su ley. Para alcanzar el segundo, entró en relaciones con los protestantes de Alemania, y ya se había puesto de acuerdo con ellos, cuando sucumbió en el momento mismo de ir á emprender la realización de sus planes.

Asesinato de Enrique IV (1610). — Las facciones comprimidas habían tratado en distintas ocasiones de alzar cabeza otra vez, sumiendo de nuevo á Francia en la anarquía. Por eso perdió la cabeza en el tajo de la Bastilla el mariscal de Birón, en castigo de haber conspirado contra el rey y el Estado (31 de julio de 1602). El duque de Bouillon se había alzado también (1606), y á pesar de la dulzura de carácter y bondad de Enrique IV, sus días fueron puestos en peligro por varias conjuraciones y diez y siete tentativas de asesinato. Al fin, el 4 de mayo de 1610, habiendo salido del Louvre

por la tarde con objeto de ir á ver á Sully, que se alojaba en el Arsenal y que estaba un tanto enfermo, la carroza del rey se detuvo un momento á la entrada de la calle de la Ferronnerie porque el paso estaba obstruido á causa de una acumulación de coches en aquel sitio. Entonces un loco, llamado Ravailiac, que seguía al coche de Enrique IV desde el Louvre, se subió sobre la rueda, y dió al rey dos puñaladas, una de las cuales le hirió en el corazón. Enrique levantó un brazo exclamando; *¡Me han herido!* y expiró en el acto (14 de mayo de 1610).

Resumen de este capítulo. — El reinado de Enrique IV se divide en dos partes perfectamente distintas, á saber: los tiempos anteriores y los posteriores á su abjuración.

I. Durante el reinado de Enrique III, Francia se hallaba dividida en dos bandos opuestos, el del rey, el de los ligeros y el de los protestantes, que tenían á su frente al heredero de la corona, Enrique de Navarra. Después de la muerte de Enrique III, los realistas se alejaron de Enrique IV, que se quedó únicamente con los reformados. Eso aumentó el ardor de la Liga, puesto que su único objeto manifiesto era hacer triunfar el catolicismo, que se hallaba más amenazado que nunca. Pero éstos no tenían ya á su frente más que á Mayenne, quien no poseía ni con mucho los talentos militares de sus hermanos. Enrique IV lo venció dos veces en Arques, cerca de Dieppe (21 de septiembre de 1589) y en Ivry (14 de marzo de 1590). Esas dos victorias le permitieron poner sitio á París, pero la obstinación con que se defendió la ciudad le hizo comprender que sólo un príncipe católico podría reinar sobre la Francia. El mismo Sully le aconsejó que abjurase, y la Iglesia católica le recibió solemnemente en su seno el 25 de julio de 1593.

II. A partir de entonces, como la Liga no tenía ya razón de ser, fué fácil acabar con su resistencia. Entonces Enrique IV realizó dos grandes cosas que explican por sí solas toda su popularidad. Restableció mediante acertada administración el orden en la hacienda, disminuyó los impuestos, alentó los trabajos agrícolas, sostuvo la industria y el comercio, y mandó ejecutar numerosos y útiles trabajos. Así curó los males causados á la nación por la guerra. Al mismo tiempo restauró ante Europa el prestigio de Francia, evitando la dominación española. Ganó á las tropas de Felipe II la batalla de Fontaine-Francaise (5 de junio de 1595) é impuso después á ese monarca la paz de Vervins, que devolvió á Francia todas las posesiones que cediera en 1559 por el tratado de Cateau-Cambresis. Pero también se debe reconocer que Enrique IV cometió dos grandes faltas que dependieron de sus antiguos errores y que apartaron al poder real de la vía que siempre hubiese debido seguir. Su edicto de Nantes creó un Estado en el Estado por los exageradas concesiones que hizo á los protestantes en el orden político, y preparó las mayores dificultades para los reinados siguientes. En la po-

lítica exterior se equivocó también al aceptar la alianza protestante, trazando de antemano el plan que veremos ejecutar por Richelieu.

CAPÍTULO XXXVI.

ESTADO DE EUROPA EN 1610.

Al morir Enrique IV, en 1610, la Reforma había dividido á Europa en dos grandes fracciones políticas: católicos y protestantes. La casa de Austria de hallaba al frente de los católicos, siendo poseedora del imperio de Alemania y dueña de España, Portugal y parte de Italia; pero sus adversarios constituían grupo numeroso, pues entre ellos hay que incluir á Inglaterra y Escocia, las Provincias Unidas, los reinos del Norte y los Estados secundarios de Alemania. Francia había permanecido en el catolicismo; mas, Enrique IV, que veía con disgusto la dominación de la casa de Austria, había resuelto unirse con las naciones protestantes, para lograr la preponderancia en Europa.

Estado de Francia. — Los proyectos en Enrique IV, que fueron continuados y ejecutados por Richelieu, lanzaban á Francia por caminos opuestos á su política tradicional. La hija primogénita de la Iglesia, que siempre había puesto su espada al servicio de la fe católica, iba á colocarse enfrente del sumo Pontífice, ayudando á los protestantes de todos los países en su lucha con la casa de Austria, y eso por el único deseo de humillar á una potencia rival. Se logró lo que se deseaba; pero á la vez que Francia adquiría la preponderancia bajo Luis XIV, falseó su misión en Europa y se creó dificultades que de entonces acá no han hecho más que aumentar, y de las cuales no ha salido todavía.

Reparando los males causados por la guerra civil, devolviéndole por el tratado de Vervins lo que perdiera por el de Cateau-Cambresis, fomentando el comercio, la industria y la agricultura, restableciendo el orden en la hacienda, organizando administración inteligente y cuerda, y reformando el ejército, Enrique IV había dado gran fuerza y poder á su nación, cosas que permitirán á sus sucesores ser árbitros de Europa. Si en vez de aliarse con los turcos y los protectores del protestantismo, hubiesen seguido contrario camino, no se

sabe hasta qué punto hubiese llegado la gloria de Francia. Por desgracia, se buscaron alianzas en el opuesto campo, y se patrocinó el error en vez de defender la verdad.

De Inglaterra. — En Inglaterra, Isabel había muerto en 1603, heredando el trono Jacobo VI de Escocia, hijo de María Estuardo, y que en la historia británica recibe el nombre de Jacobo I. « Ese príncipe teólogo, que era hostil á los presbiterianos y á los católicos, no tenía contra los españoles el odio de Isabel, y en 1604 celebró con la corte de Madrid un tratado de comercio. Pero Enrique IV había sabido separarlo de España para unirlo íntimamente con Francia. Por lo demás, no era posible tener gran confianza en el espíritu flotante de ese soberano, tan débil como incapaz. Mas, Enrique IV estaba persuadido de que, en una guerra contra la casa de Austria, tendría de su parte las simpatías de Inglaterra, que tan hostil se mostrara á las pretensiones de Felipe II.

De las Provincias Unidas. — Las Provincias Unidas no podían menos de aliarse con Francia contra España. Al cabo de cuarenta años de lucha, la república acababa de obtener una tregua de 12 (1609), que le permitía tomar en adelante puesto entre las naciones europeas. El autor de esa tregua había sido Enrique IV, y las negociaciones para obtenerla, empezadas bajo sus auspicios, fueron felizmente terminadas por la habilidad del presidente Jeannin. La república holandesa tenía ya establecidas las bases de su desarrollo colonial. En efecto fundó su compañía de las Indias en 1602, se estableció en Java, en las islas de la Sonda, y en Timor, mientras la llegada la hora de penetrar en el Japón. Sus atrevidos marinos reconocieron en 1606 las costas de Australia septentrional, que llamaron Nueva Holanda, y sus mercaderes organizaron establecimientos en la América del Norte. Era una potencia marítima en pleno desarrollo, que iba á apoderarse del imperio colonial portugués.

De España. — España, contra la cual se dirigían todos los esfuerzos, estaba muy debilitada. Felipe II había fracasado en todas partes, al continuar la realización de los proyectos de dominación universal con-